

LA GUERRA DEL ATLÁNTICO SUR. SU GESTACIÓN, DESARROLLO Y EPÍLOGO PARCIAL

Corrían los primeros días del año 1982. La dictadura militar argentina que había agotado el empleo de todos los medios lícitos e ilícitos a su disposición en su llamada “lucha contra la subversión”, avizoraba una crisis en la que parecía naufragar: moralmente quebrada, la economía en el peor desastre, sin apoyos políticos y una incipiente oposición general de los distintos sectores sociales, a los que no tardaron en sumarse grupos que conspiraban dentro del Ejército. En la Armada se veía que el peso político acumulado durante los años de la dictadura sería muy difícil de conservar en el futuro. El golpe que preparaban miembros del Ejército no respetaría el tercio de poder que arbitrariamente el llamado “Proceso” había reconocido y la Armada no tenía fuerzas para imponer sus condiciones. Los sectores económicos y financieros, principales beneficiarios de la dictadura, buscaban la forma de prolongar esos beneficios en el tiempo y evitar que un brusco viraje político pusiese fin a su influencia y peor aún, se investigara el manejo financiero, que no admitía ningún tipo de análisis, y que se descubriera quiénes fueron los verdaderos culpables de las miles de víctimas ocasionadas para implantar el sistema económico neo - conservador globalizado que debería seguir funcionando en el futuro. Los sectores políticos mayoritarios negociaban en secreto, a través de la llamada “Comisión multipartidaria”, las condiciones del fin de la dictadura. Ésta exigía, como condición para otorgar elecciones, la candidatura de su jefe. Peronistas y radicales estaban propensos a aceptar la condición, esperando que el tiempo evidenciara la imposibilidad de esa candidatura, tal como había ocurrido con el dictador Lanusse, que vio naufragar sus objetivos burlado por Perón. Pero ahora ya no existía ningún general Perón. Además, ambas conducciones partidarias tenían que superar el problema que ocasionaría la simple mención de lo que se negociaba o tramaba para que no se produjera el motín en sus bases. El candidato propuesto por la dictadura resultaba tan impopular que no posibilitaba el acuerdo. Ante esta situación, los negociadores militares se aferraban a una consigna críptica: “esperen hasta fin de mes”. El mes era marzo de 1982.

Para el gobierno militar resultaba claro que cada día se hacía imposible la aspiración de detentar el poder sin contar con ninguna base política de sustento. Durante 1981 se había producido un acercamiento a los sectores más reaccionarios del gobierno norteamericano, que les parecía exitoso. El Asesor de Seguridad del Presidente Reagan había llamado “majestuoso” al general Galtieri. Éste y otros indicios llevaron a la dictadura a sustituir a Viola por Galtieri y retomar duramente la línea de la economía mal llamada “liberal” y que fue en realidad, la conservadora más reaccionaria, con la esperanza de que el gobierno estadounidense los considerara aliados fundamentales. Este acercamiento se afianzó con las visitas a nuestro país del Embajador de EE UU ante la ONU y del Jefe del Estado Mayor del Ejército de ese país, que dejando de lado temas tan importantes como la sistemática violación a los derechos humanos, acordaron levantar la veda para la compra de armas como contrapartida de la actividad clandestina argentina de apoyo a la dictadura de El Salvador y a la agresión de los llamados “contras” en Nicaragua. Prometieron además, encabezar una especie de cruzada anticomunista en el Hemisferio. Parecían eliminarse así los

inconvenientes exteriores para la prolongación del régimen militar utilizando a Galtieri como candidato; pero quedaba en pie el problema interno de cómo hacerlo potable. Había que inventar algo para que la opinión pública no reaccionase en forma violenta ante la sola mención de esa especie de contubernio. No existía el hombre de la gloria indiscutida. No había ningún general Perón disponible. Había entonces que fabricarlo. La fábrica se llamó Malvinas y aquél que las restituyese contaría con el apoyo popular merecido, todo lo pasado quedaría perdonado, y todo el sistema seguiría funcionando, ahora en forma “legal”.

Los organismos de planeamiento de la Defensa Nacional habían trabajado hasta entonces sobre la base de una hipótesis de guerra excluyente: la lucha contra la “subversión interna”, “guiada” por parte del comunismo y sus aliados. Todos los medios del poder nacional se dispusieron para esa lucha que se convirtió finalmente en el llamado “Terrorismo de Estado”. En ningún momento la recuperación de las Islas del Atlántico Sur, usurpadas por el enemigo inglés, fue una hipótesis de guerra probable. Sólo la Armada había efectuado aproximaciones teóricas sobre este problema mediante un ejercicio de planeamiento que denominaron “Toco y me voy”. Consistía en recuperar con un golpe de mano sorpresivo las islas del archipiélago y luego retirarse dejando un pequeño contingente en ellas con la finalidad de obligar a los ingleses a negociar la soberanía, a lo que siempre se habían opuesto. Como consecuencia, ni el CONASE, organismo previsto en la Ley de Defensa 16970, había elaborado estrategias en el campo de Política Interna, Externa y Económica en relación con el conflicto; ni el Estado Mayor Conjunto había elaborado ningún plan, ni ejercicios previos, ni establecido necesidades de instrucción, equipamiento, armamento, transporte, comunicaciones, etc. imprescindibles para este tipo de operaciones en latitudes extremas, tal cual las denomina el Reglamento de Conducción para las Fuerzas Terrestres, para el Ejército, y sus equivalentes para la Armada y la Fuerza Aérea.

La situación militar aconsejaba evitar la guerra. El Ejército terminaba de incorporar conscriptos que no tenían dos meses de instrucción. La Armada necesitaba dos años más para completar su equipamiento con la entrega de fragatas y submarinos. La cantidad de misiles EXOCET, luego protagonistas del conflicto, era de seis unidades y diez más encargados a Francia que no fueron entregados. La Fuerza Aérea contaba sólo con veinticinco aeronaves modernas, ninguna equipada con misiles sino con los ya obsoletos cohetes. Sus aviadores no tenían experiencia en volar sobre el agua y combatir contra enemigo naval. La racionalidad en el empleo del poder militar fue reemplazada por la irracionalidad, basada en una absurda esperanza. Los ingleses por su parte, consideraron que era muy poco probable que los argentinos cumplieran sus amenazas de invasión. No pecaron de ingenuidad ya que el gobierno de los EE UU les había garantizado que intervendría para disuadir a la Argentina de una invasión a las Malvinas. Las dos partes, sintiéndose respaldadas por el gobierno norteamericano, endurecieron posiciones. Las negociaciones no avanzaron y la flota argentina zarpó. Intervino entonces Reagan para exigirle al gobierno argentino que no intentara la invasión, ofreciéndose como mediador. Las suposiciones básicas de los tres protagonistas habían resultado falsas. El Ministro inglés Carrington fue el único que reconoció su error y renunció. Si no hubiera

creído en las palabras de EE UU y de la Argentina, hubiera enviado refuerzos a las Islas impidiendo la invasión; él había cometido ese error, se fue. La Argentina concurrió a la reunión del Consejo de Seguridad de la ONU y ahí se enteró de que no contaba con el apoyo de EE UU, más, este país había volcado toda su influencia a favor de Inglaterra, incluyendo a la OTAN en ese apoyo. Pero aquí, en Argentina, pese al error de apreciación, nadie se fue. El Consejo de Seguridad ordenó desocupar las Islas e Inglaterra preparó un contingente para desalojarnos de ellas. A esta altura se aceptó la mediación de EE UU, antes rechazada, pese a que su votación en la ONU lo presentaba como el mejor aliado de Inglaterra. Algo inexplicable. El gobierno argentino seguía confiando en el apoyo final norteamericano y para ello había prometido instalar una base militar de ese país en Malvinas, una vez recuperadas. Pero los norteamericanos no entendían que el objetivo real de la invasión no había sido la recuperación del Archipiélago sino apuntalar a un gobierno que tambaleaba y asegurar así el mantenimiento futuro de su política de aliado anticomunista a cualquier costo.

La promesa de guerra limitada se esfumó convertida en guerra total que sería llevada a cabo con nuestros escasos recursos militares: jóvenes pilotos manejando aviones obsoletos, marinos en buques de cuarenta años que no se atrevían a navegar por carecer de defensa antisubmarina, ejército con efectivos con dos meses de instrucción y equipamiento obsoleto. Cuando advirtiéramos el número de víctimas acumuladas, quizás nos acordáramos de que la liquidación de cualquiera de las financieras delincuentes que medraron durante el Proceso, le costaban al Banco Central lo mismo que mil misiles EXOCET; que con la décima parte de lo que iba a costarle al país la liquidación del sistema financiero, hubiésemos podido comparar cien MIRAGES, que colocarían a la Argentina a cubierto de cualquier agresión. Nunca se consideró que la defensa de las Islas contra una flota inglesa sería posible sólo cuando se impidiera a esa flota aproximarse a las mismas. Si ésta se acercaba, la guerra estaba perdida porque enfrentaría tropas profesionales contra conscriptos recién ingresados y cuadros sin ninguna experiencia de combate y con su mente prostituida por lo que se llamó “lucha contra la subversión”. La flota de mar, como se acotó, carecía de defensa antisubmarina, de manera que la lucha contra la flota inglesa quedaba a cargo de la Fuerza Aérea, cuya inferioridad de condiciones era total. No disponían de aviones armados con misiles. Técnicamente el enfrentamiento estaba perdido antes de comenzar. Prodigios de valor e improvisación cambiarían la ecuación con actuaciones heroicas y exitosas. Para darle alguna oportunidad mejor en ese enfrentamiento, era esencial trasladar su base de operaciones a las Islas y ello exigía prolongar la pista de aterrizaje existente en unos setecientos metros. Además, llevar a las Islas los depósitos de combustibles, repuestos y munición para operar. Cabe acotar que estas tareas hubieran requerido quince días de trabajos intensos. Como la guerra no iba a ser en serio, no se hicieron.

El peligro real para la flota inglesa en el mar eran el portaaviones 25 de Mayo y el crucero General Belgrano. Los aviones del 25 de Mayo podían establecer una superioridad aérea sobre la aviación enemiga y el General Belgrano, si lograba ponerse a tiro de la flota enemiga, la hundiría por el mayor calibre y alcance de sus cañones. Al carecer de defensa antisubmarina, la opción era instalarse en Malvinas, en el espacio que separa ambas Islas, el

Estrecho de San Carlos, que podía ser interdicto al ataque submarino. Desde esa posición se reforzaba significativamente la defensa aérea y los cañones del General Belgrano interdictaban la posibilidad de desembarcos ingleses en un 75% de la costa malvinense, simplificando la defensa del 25% restante a las fuerzas terrestres. Esta decisión requería el acarreo del combustible y materiales de guerra para la flota. Como la guerra no era en serio, se tomó la opción de dejar la flota en el puerto. El General Belgrano, mientras se dirigía al puerto como el resto de la flota, fue hundido arteralmente por un submarino nuclear inglés fuera de la zona de exclusión. En el Ejército todo fue improvisación. Se embarcó tropa sin los víveres que iban a requerir. Por azar del destino felizmente había ovejas en la zona. No se dispuso de vestimenta ni equipo adecuado para el combate en latitudes extremas. Se embarcaron los fusiles pero no la cantidad de munición necesaria. La causa: no existía en las cantidades requeridas. Se tramitó su compra, nunca llegó. Pero como la guerra no era en serio, no importaba.

Pero la guerra real llegó con el ataque a las Georgias del Sur. La guarnición de la Armada se rindió antes de sufrir la primera baja. Con ella uno de nuestros submarinos anclado en la costa. Episodio sin explicación razonable. Luego el hundimiento del General Belgrano con sus casi cuatrocientas víctimas ¿Quién fue el responsable del movimiento tardío del Crucero exponiéndolo a ese desastre?. Después, el accionar de nuestra Fuerza Aérea, que aún teniendo que decolar desde el Continente y al límite de sus posibilidades logísticas, logró éxitos memorables con derroches de valor e improvisación. Su personal combatiente era totalmente profesional con niveles de adiestramiento elevados y comandados por aviadores con experiencia en vuelos militares. Era la única arma en condiciones permanentes de librar combate, tal como debió ser obligación de las dos restantes. Pareciera que los pilotos quisieron borrar con su coraje y hazañas el rol desempeñado por su Fuerza en el Terrorismo de Estado. Pero la Fuerza Aérea no pudo sola impedir el desembarco inglés: con lo poco que tenía hizo lo que nadie podía haber esperado. Con cincuenta MIRAGES más, con misiles, la historia podría haber sido otra. Pero la guerra no perdona la improvisación, y aquí todo fue improvisado y armado por una falsa apreciación sobre una realidad evidente. Nunca podía esperarse el apoyo de un sistema de dominación imperial que se hiciera en detrimento de uno de sus actores principales. Mientras tanto, y pese a saberse que luego del desembarco todo estaba perdido, sin apoyo aéreo ni naval, y pese a los prodigios de valor de tantos jóvenes mal equipados, mal instruidos, mal alimentados y maltratados, se siguieron desarrollando operaciones terrestres sin esperanzas, ofrendando la vida de tantos jóvenes inútilmente y retardando el momento de la rendición, por la inoperancia de los mandos que no querían asumir una responsabilidad que los abrumaba. Así fue que se informaba que cada día traía su victoria mientras que en el terreno era visible el repliegue. Los jóvenes muertos, caídos en el campo de batalla, eran enterrados a escondidas. Los heridos eran ocultados hasta para sus familias. Los prisioneros que volvieron de la guerra fueron segregados del periodismo y recibían instrucciones de ocultar todo lo que había pasado, salvo algún maltrato recibido de las tropas inglesas.

Si estábamos ganado la guerra ¿por qué tanto sigilo? Porque la guerra, desde su bochornoso comienzo diplomático hasta su trágico y vergonzoso final militar, estaba perdida antes de comenzar. Además fue política y militarmente

injustificable. Las cuentas aún no han sido saldadas. Los pocos que fueron considerados responsables de las acciones someramente aquí narradas y que fueron sometidos a juicio y condenados por esas responsabilidades, fueron rápidamente perdonados con el indulto del cómplice poder político, que a su vez nunca fue juzgado por sus propias responsabilidades. Ya rescatamos lo heroico del Poder Aéreo; nos resulta inexplicable la ausencia casi total del Poder Naval; la Armada sólo participó con sus aviones mancomunados con el Poder Aéreo y con su Batallón de Infantes de Marina mancomunados con el Poder Terrestre. Cabe destacar que la batalla terrestre por las Islas, integrada fundamentalmente por los sucesivos combates de San Carlos, Darwin, Goose Green y Puerto Argentino, si se los estudia sistemáticamente, puso de manifiesto la resistencia de nuestros soldados, como así también destacamos que la derrota que se produjo ocurrió sin menoscabo alguno del honor militar, que renacería luego del eclipse del maldito Terrorismo de Estado. Finalmente si bien esta acción militar no puede engrosar la larga nómina de sus triunfos históricos, sí debe ser considerada como un revés ocasional, consecuencia inevitable de la relación del poder de combate de las fuerzas en presencia. Sin embargo, debe quedar claro que la derrota no significó en modo alguno, fracaso total. La gesta emprendida no ha acabado.

CORONEL (R) JOSE LUIS GARCIA

OFICIAL DE ESTADO MAYOR

PERITO MILITAR NOMBRADO POR LAS NACIONES UNIDAS.

EFFECTUO PERITAJES MILITARES EN JUICIOS DESARROLLADOS EN ARGENTINA, EL SALVADOR, HAITI, ITALIA, FRANCIA Y EE UU.